

# PRESENCIA EXTREMEÑA EN EXTREMO ORIENTE: LAS COSTUMBRES DE LOS TAGALOS DE FILIPINAS SEGÚN EL PADRE PLASENCIA



FERNANDO CID LUCAS

---

*AEO. Universidad Autónoma de Madrid*

*A mi tocayo, al profesor Serrano Mangas,  
in memoriam*

## INTRODUCCIÓN

La única vez que puede hablar en persona con esa “biblioteca humana” que fue el dominico Jesús González Valles creo que fue en Madrid, al hilo de un congreso que organizaba la Universidad Complutense -o, mejor y más justo sería decir, en colaboración con la Asociación de Estudios Japoneses en España- hace ya bastantes años.

Con el respeto que me causaba saber que él era el autor de textos impecables que yo había leído y releído, dedicados a la religión y la espiritualidad japonesa, cuyos títulos no me resisto a no incluir aquí, siquiera en breve nota a pie de página<sup>1</sup>, sólo acerté a darle la enhorabuena por su ponencia, entre tembloroso y titubeante. Supongo que

---

<sup>1</sup> Entre otros títulos, más que reseñables son sus libros *Historia de la filosofía japonesa*, Madrid, Tecnos, 2002 y *Filosofía de las artes japonesas. Artes de guerra y caminos de paz*, Madrid, Verbum, 2009; o sus artículos seminales titulados: “Primeras influencias de la filosofía occidental en el pensamiento japonés”, *Studium*, nº 4, 1964, pp. 75-112; “El encuentro del Cristianismo con el Shintoísmo”, *Studium*, nº 9, 1969, 3-33; “Las fuentes de la espiritualidad religiosa japonesa”, *Teología espiritual*, nº 54, vol. XVIII, 1974, pp.339-362 y otros muchos más.

para darme confianza o para quitarme el respeto que él me infundía, mientras nos estrechábamos la mano, me preguntó: “¿De dónde es usted?”, a lo que yo respondí con un seco: “De Cáceres”, arguyendo el dominico de forma inmediata: “Pues mucho hicieron los extremeños en Extremo Oriente, no se crea que sólo estuvieron presente en América”. No hubo muchas más palabras, obligados como estábamos por el rigor de un congreso apretado de ponentes, de calidad y de asistentes; pero esa frase del profesor Valles ha estado en mi cabeza desde entonces; estuvo cuando me decidí a editar la deliciosa Crónica del franciscano Pedro de Burguillos tras años de minucioso estudio, estuvo cuando escribí sobre el excelente lingüista que fue el dominico Diego Collado y su pionera gramática sobre lengua japonesa, etc. y está ahora, cuando presento al lector una obrita breve, concisa, desprovista de lo superfluo, sobre las costumbres de los indios tagalos del archipiélago filipino, también debida a un extremeño, al franciscano Juan de Plasencia.

Comenzaremos por decir que en las relaciones entre la Península Ibérica y el Extremo Oriente efectuadas durante los siglos XVI y XVII dos son los puntos neurálgicos que señalaríamos sobre el orbe: Macao<sup>2</sup> para los portugueses y las islas Filipinas para los españoles. Bisagras estas zonas entre el Oriente y la Europa más hespérica. Ciudades poseedoras de una intensa vida cultural, burocrática y comercial, depositarias de un rico trasiego humano y que han quedado ya en la historia como lugares donde se obraron encuentros y desencuentros que hubieron de marcar toda una época<sup>3</sup>.

En el caso de los españoles, Filipinas, un archipiélago de más de siete mil islas, habitado por pueblos de diferentes etnias, era el paso previo antes de la llegada de las naves a Japón y el lugar de vuelta (y de refugio, dicho sea de paso) de diplomáticos, religiosos y marineros en los momentos convulsos que se vivieron a lo largo del denominado Siglo Ibérico de Japón<sup>4</sup>; aunque, claro está, gozó también de una palpitante vida propia, como eje sobre el que giraban las relaciones con la Asia continental y también con la insular. En este archipiélago se configuró un interesante tejido administrativo orquestado por los castellanos, donde se regulaba el tránsito comercial de la zona, pero donde también se realizaba una pormenorizada labor de documentación de los pueblos y de las gentes “descubiertas” por los europeos, tan diferentes de ellos; el caso que nos ocupa en estas páginas es un pequeño ejemplo, sincero y cuidado, de lo que ahora decimos.

---

<sup>2</sup> Hasta el 20 de diciembre de 1999 había estado bajo la administración lusa, pasando a ser una de las dos administraciones especiales, junto con Hong Kong, de la República Popular China. Aún el idioma portugués mantiene allí su estatus de lengua oficial. Véase, para profundizar más en este asunto: MCGIVERING, Jill, *Macao Remembers*, Hong Kong, Oxford University Press, 1999.

<sup>3</sup> Lease para esto la excelente tesis doctoral de SHEEHAN, Kevin J., *Iberian Asia: The Strategies of Spanish and Portuguese Empire Building, 1540-1700*, (inéedita) Berkeley, University of California, 2008.

<sup>4</sup> CABEZAS GARCÍA, Antonio, *El Siglo Ibérico de Japón. La presencia Hispano-Portuguesa en Japón (1543-1643)*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid y Centro de Estudios Orientales, 1995 (existe segunda edición).

## EL MOMENTO HISTÓRICO

Como breves coordenadas históricas diremos que cuando se termina de redactar el texto de Juan de Plasencia no hacía ni veinte años que se había fundado la ciudad de Manila, que sería la futura capital del país. En estas mismas fechas, y gracias al buen hacer de los religiosos destinados allí, se inician las visitas diplomáticas a China<sup>5</sup>. También en fechas próximas a la redacción de este documento comienza a quebrarse el tímido comercio que los japoneses tenían con los ibéricos establecidos en Filipinas; y a la muerte de su autor, acaecida en 1590, los joloanos y mindanaos invadieron con unas cincuenta caracoas las islas de Zebú, Negros y Panay, quienes, según Vicente Barrantes: “no contentos con devastar casi todas las Visayas, al año siguiente repitieron la expedición en términos que los indios se retiraron a lo más espeso de los montes, de donde costó mucho trabajo reducirlos a la población, pues a una mujer que se erigió sibila o profetisa, les predicaba que no obedeciesen más a los españoles, pues se habían aliado con los moros para exterminar a todos los pintados, denominación antigua de los naturales de Visayas.”<sup>6</sup>

Alianzas tribales, revueltas, paces y guerras en las que, además de las regiones y sus gentes, estaban involucrados los piratas, que no sabían de patrias y cuyas tripulaciones, a menudo, se formaban con hombres de diferentes procedencias en cuanto a nacionalidades se refiere, atendiendo al mejor postor y no a los intereses de una u otra bandera.

## EUROPA, ORIENTE Y LA ORDEN DE SAN FRANCISCO

Como hemos dicho, Filipinas era un territorio fundamental para las pretensiones castellanas en Oriente, verdadero puente entre el continente y el archipiélago japonés, donde también existió una interesantísima presencia franciscana, lo mismo que jesuita o dominica. Sin embargo, se han recogido en varias publicaciones -tal vez por las arrolladoras personalidades de algunos de sus miembros, como San Francisco Javier, Matteo Ricci o Alessandro Valignano- los abundante anhelos, logros y derrotas de la orden ignaciana en Extremo Oriente en comparación con las restantes; pero no hay que olvidar tampoco que en fechas muy tempranas ya localizaríamos compañeros de la regla franciscana diseminados por apartados lugares del mundo, como fray Giovan-

<sup>5</sup> Véase, para profundizar en el tema, el completo artículo de BUSQUETS ALEMANY, Anna, “Primeras noticias de China en España”, *Revista de Occidente*, nº 394, (marzo) 2014, pp. 51-69; CERVERA JIMÉNEZ, José Antonio, “Los intentos de los franciscanos para establecerse en China, siglos XIII-XVII”, *Sémata*, nº 26, 2014, pp. 425-446; o DIAZ DE SEABRA, Leonor, “Os Franciscanos no Oriente e Macau (séculos XVII-XIX)”, *A Expansão: quando o mundo foi português (Farias de Assis, Levi y Beites eds.)*, Braga, Vçosa y Washington, FAPEMIG, 2014, pp.170-199.

<sup>6</sup> BARRANTES MORENO, Vicente, *Guerras Piráticas de Filipinas (1570-1806)*, Málaga, Editorial Algazara, 2004, p.22.

ni da Pian del Carpine (h. 1182-1252), enviado por el mismo papa Inocencio IV en 1245 a la corte del Gran Khan<sup>7</sup>; o fray Willem Van Ruysbroeck (h. 1220- h.1293/95), que por orden del rey Luis IX de Francia en 1253 redacta su *De Moribus Tartarorum* tras ser designado por dicho monarca como embajador ante los tártaros y mongoles; un admirable compendio este volumen sobre la forma de vida de estos pueblos de Asia. Algo más alejado en el tiempo y en la geografía encontraremos al carismático fray Jerónimo de Jesús, figura muy poco estudiada aún en nuestro idioma, pero que en el Japón de finales del siglo XVI desarrolló una brillante labor diplomática entre la orden de San Francisco con el gobierno nipón del momento y, por lo que sabemos, fue gran dominador de la lengua nipona, cuyo testigo recogerá, por la muerte de Jerónimo, el extremeño fray Pedro de Burguillos, de carácter humilde, hábil en el uso de las plantas medicinales y trabajador incansable.

#### JUAN DE PLASENCIA, FRANCISCANO EXTREMEÑO EN ORIENTE

Como ya dejé escrito en varios textos anteriores a este<sup>8</sup>, pareciera que la presencia extremeña fuese detectable (y detestable, según el caso y las fuentes) tan solo en el continente americano, con los nombres de quienes en una época fueron conquistadores para luego pasar a ser descubridores: Pizarro, Balboa, Cortés, Orellana, Valdivia, etc. Pero en Oriente también estuvo Extremadura, con nombres y apellidos de hombres más calmados, pongo por caso al excelente lingüista natural de Miajadas Diego Collado, el jesuita Lourenço Mexía<sup>9</sup> o el franciscano Pedro de Burguillos. En esta ocasión, sumo un nombre más a la lista, el del también franciscano Juan de Plasencia. Natural de esta hermosa ciudad cacereña, sabemos que Juan de Portocarrero (que ese era su nombre laico) fue uno de los siete hijos de una familia adinerada y con cierta posición social en la Plasencia del momento.

Luego de su infancia, durante la que tuvo contacto con las letras y la cultura en el seno familiar, viaja a Italia, donde, al parecer, toma el hábito de clausura de N.P.S. Francisco, si bien, otras fuentes muy poco probables afirman que su ordenación se

<sup>7</sup> Ya el papa Gregorio IX (quien canonizase al propio san Francisco de Asís) le envió como embajador ante el rey de Túnez, regresando a Europa en 1241, tras lo que se le nombró provincial de Colonia.

<sup>8</sup> Véase para esto, por ejemplo: CID LUCAS, FERNANDO, "Pedro de Burguillos y Diego Collado: trayectorias y logros de dos extremeños en el país del Sol Naciente", *Japón y la Península Ibérica (Fernando Cid Lucas ed.)*, Gijón, Satori, 2011; CID LUCAS, Fernando, "Extremeños en Oriente: Pedro de Burguillos, Diego Collado y Lourenço Mexía como casos paradigmáticos", *Alcántara*, nº 78, 2013, pp.57-70; CID LUCAS, Fernando, "La "Crónica" de fray Pedro de Burguillos como documento diplomático excepcional entre España y Japón a principios del siglo XVII", *Séptimo centenario de los estudios orientales en Salamanca (Agud, Cantero, Falero et. alt. eds)*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2012, pp. 697-704.

<sup>9</sup> Si bien, nació el futuro jesuita cuando Olivenza pertenecía aún a la corona portuguesa. Otras fuentes lo hacen natural de Évora y criado en dicha villa, a día de hoy extremeña.

efectuó en su ciudad natal o, incluso, en el monasterio de Villanueva de la Serena. La teoría italiana parece la más fiable, ya que su padre, capitán de buque, murió en Nápoles en 1574 y desarrolló allí una notoria carrera naval.

El rastro de Juan de Plasencia nos lleva luego a la Santa Provincia Observante de Santiago y luego de su paso por ella ejercía ya en la Provincia de San José, que fue la que se hizo cargo de las misiones en Filipinas. En estas etapas, previas a su llegada a Oriente, nuestro protagonista ya dio muestras de su sólida formación y de su elocuencia, lo que le habría otorgado un buen puesto en el continente europeo, sin embargo, Juan de Plasencia quiso ir más allá de estas fronteras y descubrir por sí mismo nuevas tierras y nuevas gentes.

Es entre 1576/77 cuando decide enrolarse en una misión que tiene como destino las Filipinas, que supone la primera legación allí para la orden descalza<sup>10</sup>. Está documentado que arriba, tras salir de Sevilla para embarcar en el entonces populoso puerto de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), el 2 de julio de 1578 en el puerto de Cavite<sup>11</sup> (Calabarzon); dejaba atrás un largo viaje que no estaba desprovisto de peligros, tales como las inclemencias del tiempo, piratas, carencia de alimentos, etc. Fue justo en estos años cuando vería florecer el placentino un breve periodo de comercio entre las Filipinas y Japón, país que traía plata y llevaba oro en las bodegas de sus naves. Pero unos pocos años después comenzaron los problemas entre los españoles y las naves de corsarios nipones que rondaban las costas filipinas con no muy limpias intenciones.

Como sucedió con sus paisanos, el dominico Diego de Collado o el también franciscano Pedro de Burguillos, Juan de Plasencia pronto se hizo un sitio y un nombre en aquel alejado territorio, dando muestras de hondo respeto y de admiración por su cultura, lo mismo que por su lengua. Es el historiador y escritor Pardo de Tavera quien nos traslada una anécdota en la que nos cuenta cómo nuestro fraile tomó como maestro de lengua tagala a un niño, de nombre Miguel, que estudiaba el arte de la gramática bajo la tutela del placentino; fue el pequeño indígena quien lo introdujo en esta lengua, cuyos frutos, y solo a los dos años de comenzar estos estudios, se materializarían cuando rubricaba fray Juan (hacia 1580) su Arte y diccionario tagalog<sup>12</sup>, una herramienta que resultó utilísima para la prédica y traducción de la oraciones y doctrinas cristianas en esos pagos. Siguiendo de nuevo a Tavera, fue el cacereño el primero

<sup>10</sup> En un legajo conservado en la Casa de Contratación de Sevilla se encuentra recogido el nombre de Fray Joan de Puerto Carrero, quien sería, sin duda alguna, nuestro fray Juan de Plasencia.

<sup>11</sup> Pequeña ciudad pesquera que creció notablemente con la llegada y el establecimiento de los españoles, que la convirtieron en el puerto principal en sus relaciones entre Filipinas, México y España, debidas al denominado "Galeón de Manila", puente entre estos tres lugares situados cada uno en un continente diferente. En el año en el que el autor de nuestra crónica fallecía se fortificaba dicha ciudad para protegerla de piratas y de otros atacantes, y sólo un año después, en 1591, se inauguraba allí el Hospital de San José, regentado por compañeros de la misma orden a la que pertenecía fray Juan de Plasencia, que cuidaban de marineros y soldados enfermos o heridos.

<sup>12</sup> Que se vería reformado y aumentado de adverbios y partículas en tan solo unos años.

en redactar esta gramática y este diccionario, mas, amén de ocupar este puesto en los escritos hechos sobre dicha lengua, también sirvió de modelo para las muchas obras que se redactaron posteriormente.

Sin duda, Juan de Plasencia fue un hombre curioso, preocupado por la realidad de estos pueblos asiáticos, y si unos pocos años después Pedro de Burguillos cronicará el momento histórico que le tocó vivir en Japón, Juan de Plasencia realizará en el pequeño trabajo que aquí estudiamos una cata a la sociedad de varios pueblos filipinos. No olvidemos que la realidad antropológica de dicho archipiélago no es homogénea, y que son muchas las razas que lo pueblan<sup>13</sup>. Así, Juan de Plasencia, en 1578<sup>14</sup>, destinado a las provincias de Tayabas y Laguna, conoció de primera mano el día a día los pueblos de Tayabas, Calilaya, Lucban, Majayjab, Lilio, Pililla y otros muchos más, próximos entre sí y donde las diferencias culturales no eran demasiado abultadas. Como hombre de razón y de confianza para la orden, se le encomendó la prelación superior en 1579, cargo que se prolongó hasta el año siguiente.

Como decía antes, fue Juan de Plasencia un hombre preocupado por las gentes que habitaban las Filipinas, fue él quien se preocupó mucho de que se levantasen escuelas infantiles y de que los chiquillos asistiesen a ellas. Fue durante el trienio que va desde 1580 hasta 1583 que consiguió la fundación de varios pueblos, colegios y la conversión de muchas almas, ganadas para la causa cristiana. Por todo ello sus compañeros le concedieron el marbete de: “Padre de las redenciones, incansable y promovedor singular de las escuelas”.

Del 18 de junio de 1585 data una “Carta del P. Juan de Plasencia al Rey”, rubricada en Manila, lo que nos da fe de la importancia del autor extremeño en las relaciones directas entre ambos lugares del mundo, en las que las órdenes religiosas jugaron un papel prominente, como embajadoras y diplomáticas de las coronas ibéricas en Asia.

En 1593, texto póstumo, se edita en la imprenta de los Padres Dominicos de Manila el libro titulado *Doctrina Christiana*, uno de los primerísimos (si no el primero) de los que se editarán en esas tierras, cuyo autor no es otro que nuestro protagonista, teniendo como cometido el ser una herramienta útil para la evangelización de aquellas gentes, como ya se nos informa desde su portada misma: *Doctrina Christiana en Lengua Espanola y Tagala corregida Reglos por los Religiosos de las Ordenes Impressa con*

<sup>13</sup> Y esta realidad se ha mantenido hasta nuestros días. En el censo realizado en el año 2000 se registró que el 28,1 % de los filipinos eran tagalos, el 13,1 cebuanos y el 9% ilocanos; hay presencia también de bisayanos, bicolos, etc., pero también minorías procedentes de China, Corea, Japón, árabes o británicos.

<sup>14</sup> Fecha esta en la que los franciscanos arriban en Filipinas por vez primera. En cuanto al resto de presencia religiosa en Filipinas, en la expedición de Miguel López de Legazpi y Andrés de Urdaneta iban, además del propio Urdaneta, cuatro agustinos más; mientras que los ignacianos llegarían allí en 1581, los dominicos en 1587, los agustinos recoletos en 1606 y los hermanos de la Orden de San Juan de Dios en la tardía fecha de 1641.

*Licencia en (San) Gabriel de las Orden de (Santo) Domingo. En Manila, 1593*, ya que los textos en español se acompañaban de sus correspondientes versiones al tagalo.

No pasemos por alto que tal vez esta técnica pudo llegar a Filipinas desde Japón, entre 1588/90 (los estudiosos no se ponen de acuerdo en la fecha justa), donde el arte de imprimir mediante tipos móviles fue llevado a dicho país de Extremo Oriente por los Jesuitas, quienes dieron a luz una interesante serie de trabajos dedicados a la propagación de la fe cristiana en el País del Sol Naciente.<sup>15</sup>

Falleció el hermano Juan de Plasencia en 1590, en Liliw (Laguna), en la tierra que tanto amó y por la que tanto hizo, en una ciudad que había sido fundada sólo unos pocos años antes, en 1571, y que, en muchos sentidos, representaba el germen del país en el que se habría de convertir en el futuro, igual que sus aspiraciones y sus esperanzas. Los títulos de “El incansable” y también “El venerable” -que también aplicaron a fray Pedro de Burguillos- sirven para caracterizar a nuestro religioso, hombre laborioso, decidido y justo. Fue el obispo Domingo de Salazar, el primero de los obispos de Manila, quien dijera sobre el placentino: “Ecclesiam Dei illius morte magnam incurruisse jacturam, quia cecidit columna christianitas”. Una fuerte columna, sí, pero con firme basa sacada de las canteras extremeñas.

Quisiera terminar este apartado añadiendo que fray Juan vio mucho más que al “niño” que otros vieron en los habitantes de Filipinas, en los indios, en “los otros”; textos como el que aquí se comenta les otorgan dignidad y respeto, mostrándolos como poseedores de una organización social elaborada, hablando de unas costumbres que merecen ser recogidas por escrito y conocidas más allá del país asiático. Ciertamente el fraile extremeño no entra en juicios de valores, pero se guarda las espaldas al asegurar que eso que allí se dice es lo cierto, y no las habladurías o los chascarrillos que sobre esas gentes podrían escucharse. La premisa, nada más arrancar el texto, es la de la fidelidad del texto con respecto a la realidad. Plasencia no alaba, pero tampoco ataca, no los pone como ejemplo, pero tampoco trata de desterrarlos, tal vez sean esas las coordenadas precisas que debe seguir todo historiador, cronista o relataste que se precie.

## LA RELACIÓN DE FRAY JUAN DE PLASENCIA

De entre la abundante producción hecha en Extremo Oriente durante la etapa de mayor presencia de los ibéricos en dicho lugar, la pequeña relación del fraile placentino –o tal vez sea mejor denominarlo tratado de usos sociales– aparece como un breve com-

<sup>15</sup> Véase para esto: VINDEL, Francisco, *La cultura y la imprenta europeas en el Japón durante los siglos XVI y XVII*, Madrid, Sindicato Nacional del Papel, Prensa y Artes Gráficas, 1943.

pendio divulgativo sobre las leyes y las normas morales de los filipinos, más en concreto de los pueblos de la provincia de Laguna.

Desde sus primeras líneas, el texto de fray Juan de Plasencia es directo y muy explícito, indicando que, tras una criba realizada sobre las fuentes aparentemente poco fiables que llevaban los indígenas hasta él, por su propia boca, se queda, conscientemente, con aquello que le interesa o, por mejor decir, con lo que de utilidad podría tener para quien se acercase a leer el documento, estos motivos son: “su gobierno y justicia y herencias y esclavos, y las dotes”; materias con las que habrían de “bregar” compañeros suyos a la llegada a estas tierras y con cuya lectura se conforma muy bien la idiosincrasia de dicho pueblo asiático:

“Vista la de V. S.<sup>16</sup>, quisiera luego responder a ella por ser cosa que tanto importa, mas hase dilatado por poderme informar primero bien de lo que se pregunta y no hablar por cuentos que suelen los indios traer a su propósito, y así, para este efecto, he juntado indios de diferentes partes, hombres viejos y los de más capacidad que yo conocía, y he sacado la verdad en limpio (dejadas muchas impertinencias) acerca de su gobierno y justicia; y herencia y esclavos; y las dotes, que es lo siguiente:(...)”<sup>17</sup>

Los breves capítulos que la conforman están redactados en forma sencilla y austera, como podríamos de decir de otros tantos documentos franciscanos. Centrándose en su forma de gobierno y dedicando una de las entradas más amplias a sus gobernantes, los denominados datos, datus o dattus (según el documento), de quienes dice el fraile:

“DATOS<sup>18</sup> Y BARANGAYES.- Esta gente tuvo siempre principales a quien llamaban Datos, que gobernaban y eran capitanes en sus guerras, a los cuales obedecían y reverenciaban, y el súbdito que contra ellos cometía algún delito o decía alguna palabra a su mujer o hijo era gravemente castigado. Eran estos principales de poca gente, hasta de cien casas, y aun de treinta abajo, y esto llaman en tagalo un barangay<sup>19</sup>, y del

<sup>16</sup> La crónica va dirigida al doctor Santiago de Vera, en esos momentos Presidente de la Real Audiencia de Manila, creada por Felipe II el 5 de mayo de 1584, y fue Gobernador y Capitán General de las Filipinas desde 1584 hasta mayo de 1590, fecha en la que fallece nuestro fraile.

<sup>17</sup> *Las costumbres de los tagalos de Filipinas según el padre Plasencia*. Estudio preliminar, edición crítica y notas a cargo de Fernando Cid Lucas (en imprenta).

<sup>18</sup> Parémonos siquiera un momento a explicar esta palabra que ocupa las primerísimas líneas del texto del franciscano extremeño. *Datu* (la variante *datto* también aparece en la documentación ibérica), vocablo que proviene del malayo *datuk* y este, a su vez, del fiyiano *ratu*, es el título dado a los jefes de las comunidades, equiparable a gobernantes o soberanos, en las regiones de Visayas y Mindanao. Por otro lado, en Luzón el correspondiente sería *lakan*, mientras que también en Mindanao y en Joló se podía encontrar el título de sultán o rajá. Nótese que el componente racial en la conformación de las diferentes comunidades arrastra, como es lógico, su lengua y también sus componentes culturales.

<sup>19</sup> Aunque en el texto se aclara a la perfección el concepto, no me resisto a añadir algunas notas propias sobre este vocablo, indicando que aún hoy el término es aceptado para referirse a un barrio o agrupación humana

llamarse así colijo fue que, como estos en su lengua se ve ser de nación malaya, cuando vinieron a esta tierra, la cabeza de barangay, que es una embarcación así llamada, se quedó por Dato, y así aun el día de hoy se averigua que esto de barangay, en su origen, era una familia de padres e hijos, siervos y parientes. De estos barangay había en cada pueblo muchos, a lo menos no se alejaban mucho uno de otros sino por vía de amistad y parentesco, se ayudaban los principales unos a otros con sus Barangayes en las guerras que tenían<sup>20</sup>.

De lo que no cabe duda es de que Plasencia quería dar a conocer, empleando su lengua, a quienes habían nacido tan lejos de él, había que hablar sobre aquellos *bárbaroi*, que diría Herodoto -que no nuestro fray Juan- en su muy referenciada a través de los siglos *Historia*: “los que no hablan en griego, los que balbucean o mascullan otras lenguas, aquellos con los que es difícil comunicarse y entenderse<sup>21</sup>”. A estos balbuceos, a estos masculleros y al medio social en el que se hacían prestó no poca atención el fraile placentino, sentándolos en las escuelas e invitándolos a entrar en las iglesias, no buscando más que la citada comunicación y el sincero entendimiento, trasvasándonos su manera de estructurar su sociedad, hacer justicia, etc. Pongo por caso:

“AVERIGUAR EL DATO PLEITOS.- El averiguar y juzgar sus competencias, el *Dato* lo hacía entre los de su *barangay*, y si alguna de las partes se sentía agraviada, de conformidad de todos nombraban un juez árbitro de otro *barangay* o pueblo, fuese *Dato* o no, que para esto había algunos conocidos por hombres desapasionados y que se decían que juzgaban la verdad según sus costumbres, y si era el pleito entre dos principales, cuando querían excusar guerras convocaban también jueces árbitros, y si era entre dos diversos *barangayes*, asimismo. Y siempre para esto habían de vivir convidando al que apelaba a los demás<sup>22</sup>”.

Tal vez el lector occidental de nuestro tiempo esperase de estas páginas hechas por un hermano de la orden de San Francisco destinado en el lejano Oriente información relativa a la teogonía de los tagalos, a sus creencias religiosas, a su vertiente más mística

---

de menor entidad en Filipinas, calculándose que su población va de entre las cincuenta a las cien familias. La palabra tiene su origen en un término malayo-polinesio usado para referirse a un tipo de embarcación determinado, ya que se cree que en el archipiélago filipino, antes de la llegada de los españoles, cada *barangay* fue fundado por colonos que llegaron por el mar empleando este tipo de barcos, procedentes de diferentes puntos del sudeste asiático.

<sup>20</sup> *Las costumbres de los tagalos de Filipinas según el padre Plasencia*. Estudio preliminar, edición crítica y notas a cargo de Fernando Cid Lucas (en imprenta).

<sup>21</sup> GARCÍA-GUAL, Carlos, “La visión de los otros en la antigüedad clásica”, *De palabra y obra en el Nuevo Mundo. 1. Imágenes interétnicas*, Miguel León-Portillo, Manuel Gutiérrez Estévez (et. alt.) eds., Madrid, Junta de Extremadura y Siglo XXI, 1992, p. 7.

<sup>22</sup> *Las costumbres de los tagalos de Filipinas según el padre Plasencia*. Estudio preliminar, edición crítica y notas a cargo de Fernando Cid Lucas (en imprenta).

o mágica; sin embargo, con la idea fuertemente fijada en la mente de las órdenes religiosas europeas de evangelizar el Oriente, estos temas del gobierno y de la ordenación social de estos pueblos serían de más de utilidad o habrían de perdurar más que su fe pagana, un elemento que, a la postre, no habría de mantenerse si la evangelización cristiana fructificaba<sup>23</sup>. La crónica de fray Juan de Plasencia presenta a los tagalos con todo respeto y simboliza el afán de conservación de las reglas por las que se regía esta población filipina que los españoles encontraron allí. El documento no habla de destruir o inmiscuirse en el ámbito íntimo de esas normas, y sí da claves, por ejemplo, sobre la conformación racial de esas gentes, sus lugares de procedencia y el mestizaje en ese complejo archipiélago. Y, aunque ya desde el título se aluda al gobierno y administración de estas gentes en sus días pasados, la prosa del franciscano se torna al tiempo presente para describir la pirámide feudal, esclavos incluidos:

“TRES ESTADOS DE GENTE-. Fuera de los principales, que eran como caballeros, había tres estados: hidalgos, pecheros y esclavos. Los hidalgos son libres, que llaman *maharlíca*: estos no pagaban pecho ni tributo al *Dato*, estaban obligados a ir con él a la guerra a su costa; sólo un convite les hacía el principal primero y después partían los despojos. También cuando el *Dato* iba fuera iban bogando<sup>24</sup> los que él llamaba, y si hacía casa ayudábale y habíales de dar de comer, lo mismo cuando todo el *barangay* iba un día a arrosalle una sementera<sup>25</sup>”.

Hay en esta concisa crónica motivos muy tangibles y muy carnales; que nadie espere sermones o alusiones bíblicas o reprimendas sobre lo que se hacen en esas alejadas tierras de Asia. El autor es escrupuloso cuando habla de los hábitos, de las medidas, de los pagos, de las daciones. Informa con precisión sobre el uso de las tierras, los cultivos, y también del aprovechamiento de la pesca como parte importante de la dieta tagala.

Aquí y allá se van dando pequeñas pinceladas sobre esa vida íntima que tanto nos apasiona, a día de hoy, de aquellos pobladores orientales, sin embargo, el grueso del documento se ciñe a la organización administrativa, una materia menos frecuente, pero que nos ayuda a nosotros a comprender mejor el choque, la convivencia y las resultas de un momento histórico tan cargado de hechos, pasajes, logros, derrotas y anhelos que fue la presencia ibérica en el Extremo Oriente. En definitiva una forma de código civil consuetudinario indígena, ya que así se administraban los consejos locales en esta parte del mundo incluso después de la llegada de los españoles.

23 Al menos no en apariencia, ya que a lo largo y ancho del mundo podemos constatar ejemplos en los que en la fe cristiana podemos encontrar elementos anteriores hibridados con más o menos estridencias.

24 Esto es, empleados como remeros en sus bajeles.

25 *Las costumbres de los tagalos de Filipinas según el padre Plasencia*. Estudio preliminar, edición crítica y notas a cargo de Fernando Cid Lucas (en imprenta).

Pasó España por Asia, y también Asia por España, pasaron los religiosos y ejecutaron su labor humana e intelectual. Para algunos, Filipinas, Indonesia o Japón seguirán pareciendo países lejanísimos, pero hace ya algunos siglos, personas como nuestro buen Juan de Plasencia quisieron acercarnos, con su manera de pensar y de actuar, a esos ignotos lugares.

#### BIBLIOGRAFÍA

AGONCILLO, Teodoro, *History of the Filipino People*, Manila, University of the Philippines, 1990.

BAZACO, Evergisto, *History of Education in the Philippines*, Manila, University of Santo Tomas Press, 1939.

CID LUCAS, Fernando, “Nagasaki: Ciudad (ibérica) del comercio y de las artes durante los siglos XVI y XVII”, *A Expansão: quando o mundo foi português (Farias de Assis, Levi y Beites eds.)*, Braga, Viçosa y Washington, FAPEMIG, 2014, pp. 42-60.

KONDO, Agustín Y., *Japón: Evolución histórica de un pueblo (hasta 1650)*, Hondarribia, Nerea, 1999.

MOLINA, Antonio M., *Historia de Filipinas (Tomo I)*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1984.

SERRANO MANGAS, Fernando, *Nafragios y rescates en el tráfico indiano*, Madrid, Siruela, 1991.

